

## DE VUELTA A CASA.

Ya hace tres días que partimos desde el puerto de la ciudad de Ostia, en la región italiana de Lazio y tengo un nudo en el estómago, pues este es el último atardecer que pasamos en el Mare Nostrum. Mañana, después de un largo tiempo en el exilio vuelvo a mi amada patria: España. No se bien que es la felicidad, pero seguramente que para un exiliado como yo, es algo parecido a lo que siento ahora. Mis recuerdos se amontonan y compiten en salir a borbotones, con un candor violento. Recuerdos del seminario, la universidad, mi ordenación sacerdotal y sobre todo mi pueblo natal: Horcajo de Santiago. La ternura de mi madre, en la que siempre encontraba consuelo cuando me caía. Sus mimos y caricias y sus enseñanzas y rezos antes de acostarme: "Ángel de la guarda, dulce compañía...", sus rosquillas en invierno, las gachas, las migas, la pipirrana.

Mi padre con sus manos encalladas de sacar el fruto de su trabajo de la tierra. Como nos quería y protegía. Yesos olores y aromas: el olor a aceite virgen en esas frías tardes de enero. La almazara y el molino incansable. Ese oro verde. Olor a mosto después de la feria y las moscas tan cansinas, hinchidas de libar ese jugo almibarado. La mies en las eras en los largos y calurosos días de estío. y en el último mes del año, la Virgen de la Concepción. Todo el pueblo vitoreando a la Madre de Dios. Pedimos a la Señora por nuestras necesidades y las de los demás y por nuestros hermanos que ya se han ido y nos esperan en el sitio de los Justos. ¡ Uffff! , se me pone la carne de gallina. Yesos pastores, uno de los más nobles oficios, ya que el Señor es el buen Pastor, que no pueden abandonar su rebaño, que vitorean en el chozo con el alma y el corazón a la Virgen.

Este viejo cascarón que no termina de llegar. Será mejor irse a descansar y mañana si Dios quiere divisaré la costa.

A la mañana siguiente, al levantarme, por un momento encontré el camarote extraño. Rápidamente comprendí porque estaba allí. Me vestí y sin dilación me lavé los ojos en la pequeña palangana que habían dejado los marineros la noche anterior para que yo me aseara. Subí a toda prisa a la cubierta del galeón y allí estaba, a lo lejos, el puerto de Valencia.

Ya no cabía en mí de gozo. Las horas que pasaron hasta el desembarco me parecieron eternas y hacia el mediodía ahí estaba, pisando el suelo de España.

Caminé por el puerto como un recién nacido que ve el mundo por primera vez.

- Maese Hervás, ¡maese Hervás!

Alguien me llamaba en la dulce lengua de mi madre.

- Sí, joven.

- Soy Gonzalo, presbítero y secretario de monseñor Pedro, arzobispo de Valencia.

- Gonzalo, encantado de conocerte.

- Sabíamos de su llegada. Es un honor para su excelencia tener a un teólogo tan ilustre como usted.

- Solo soy un humilde servidor de Nuestro Señor Jesucristo.

- y ¿qué es lo que quiere hacer maese Hervás aquí en España?

- No tengo más intención que descansar, al menos de momento. Hacía ya mucho tiempo que no podía venir a la patria y quiero exprimir cada momento de mi estancia.

- ¿Y donde piensa residir maese Hervás?

- Quiero volver a mi pueblo.

- ¿De dónde es usted maese?

- De Cuenca, la conca o fortaleza de los árabes. Patria chica de fray Luis de León. La de los pueblos muy piadosos de Huete, Cañete, San Clemente y Belmonte y la del Priorato de Uclés, en cuyo seno se encuentra Horcajo de Santiago, encomienda santiaguista, defensor de la pureza de la Concepción de Nuestra Señora y mi pueblo natal.

- Debe usted estar orgulloso de su tierra.

- Lo estoy.

- ¿Y cuando partirá?

- Mañana mismo.

- Será como su excelencia mande. Proveeré todo, para que mañana su diligencia esté dispuesta para partir hacia Cuenca.

Al alba, apenas despertaban los gallos a la ciudad, subimos a mi carruaje de cuatro caballos. Me despedí de mi nuevo amigo Gonzalo.

- Adiós hermano, aquí tiene un amigo para lo que mande.

- Hasta pronto maese Hervás, en Valencia tiene usted su casa.

La ciudad despertaba y los carros de bueyes de los vendedores ambulantes iban copando el mejor sitio en las plazas, para intentar ganarse el sustento. Las antorchas se apagaban y daban paso a un nuevo día de esta fría primavera de 1798. Ciertas umbrías permanecían escarchadas y tenían peligro para el transeúnte despistado.

Poco a poco nos fuimos alejando del bullicio y tras los barrios arrabales se abrió ante nosotros el campo levantino. Al menos tres días me costaría llegar a Horcajo. El carruaje se dirigía hacia la Villa y Corte.

- Nos detendremos para dormir y que repongan fuerzas los caballos en Utiel y Honrubia.

- Muy bien cochero, si Dios quiere el viaje será plácido.

A medida que nos adentrábamos tierra adentro, el camino se hacía más pino, pues debíamos subir desde el nivel del mar hacia la altiplanicie de la Mancha. Los almendros ya estaban en flor y teñían el paisaje de blancos y rosados tonos, que se mezclaban en perfecta conjunción con el

ocre, marrón y rojizo de las lomas arcillosas y a la vez, blanquecinas por los yesos. Poco a poco y sin darnos cuenta, después de la primera noche, nos adentramos en la Manchuela, tierra de buenos vinos y mejores gentes.

Ya estábamos en la provincia de Cuenca. El paisaje se aparecía ante nosotros labrado por la mano del hombre: vides, olivos, los cereales aún verdes y juveniles: trigo, cebada, centeno y alguna que otra tierra dejada para barbecho.

A ambos lados del camino, nos escoltaban sendas hileras de carrascas. Todavía recuerdo como mi padre, hacha en mano, se encaminaba después de la Virgen de la Concepción al monte Torrubia a por leña de carrasca para pasar las pascuas calientes. Bendito árbol. Sombra para el caminante, calor en invierno para el labriego y cuyo fruto sirve para alimentar a las bestias del campo y de la casa. Bien que se ponían los gorrinos todo el otoño a base de bellotas. Cada cierto tiempo nos cruzábamos algún río o arroyo que daba tregua a estas agostadas tierras y como la vida se abre paso y los álamos hundían sus raíces en las riberas de los cauces.

A la mañana del tercer día y después de dejar atrás la villa de Honrubia, el paisaje se me hacía por momentos más familiar. Mi corazón bombeaba con fuerza al sentir que al ocaso llegaría al pueblo de mis antepasados. El triqui-traca del carruaje no hacía más que volverme más nervioso y un metro me parecía ciento.

Saelices, Villarrubio, Almendros, Torrubia y al final ya divisaba a lo lejos la torre de la iglesia. Enhiesta, impertérrita al paso de los siglos.

Altiva, protectora de sus fieles a los que llama a la comunión con el Supremo Hacedor.

Llegué al filo de la puesta del sol y al salir del coche de caballos respiré bien hondo. Estaba de vuelta en casa. Pagué al cochero, que tenía prisa por llegar a Tarancón y así poder descansar, para proseguir su camino hacia la capital del reino al día siguiente.

Me encaminé a la casa de mis padres ya fallecidos, pero que ahora era la casa de mi hermano mayor.

Llamé a la puerta y esperé. Al abrirse encontré a un hombre de tez oscura y arrugada por los avatares de la vida. Era mi hermano Juan.

- ¡Lorenzo, hermano, dame un abrazo!

- Juanito, como has cambiado, ¡venga ese abrazo!

- Pasa, pasa hombre, me enteré que el rey suspendió la aplicación del exilio a la Compañía de Jesús y supuse que vendrías a hacernos una visita.

- y supusiste bien. Nunca hay que olvidar las raíces y la familia de uno.

Ellos nos dicen quienes somos, de donde venimos y a donde vamos.

- Ven, corre, que te presento: esta es mi mujer, María y mis hijos Gregario, Inés y Alonso.

- Mucho gusto. Ahora sois mi familia.

- Pero ven Lorenzo, siéntate a la mesa y come que vendrás exhausto del camillo.

Habían preparado un puchero con patatas y un topillo de agua que habían cazado los muchachos en el Albardana. Estaba delicioso.

Me pasé gran parte de la noche a la luz de un candil explicando a toda la familia mis vivencias en Italia, todos estos años en los que no había tenido contacto con mi familia, hasta que nos venció el sueño.

A la mañana siguiente fui a ver al párroco, que según me había dicho mi hermano Juan, se llamaba José.

- Padre José, abra por favor. , - Sí, que desea.

- Soy el abate Lorenzo, de la compañía de Jesús.

- Pase, hermano, mi casa es la suya.

- Vengo desde Italia, ya que el rey don Carlos, ha suspendido el exilio para la Compañía y venía a descansar a mLpueblo. Me gustaría, si lo tiene a bien, ser su coadjutor en la parroquia los días que permanezca de estancia en Horcajo.

- Estupendo, un cura más nunca viene mal, así podremos alternamos en la celebración de la Eucaristía y me ayudará en las confesiones del primer viernes de cada mes.

Si no tiene inconveniente, informaré a su excelencia, don Fernando, obispo de la diócesis, de su llegada. A él le gustará saber que usted está aquí.

- Muy bien, así si ya sabe de mi llegada, podré presentarme ante él. Salí de la casa del padre José más que satisfecho, sintiéndome útil ayudando a la comunidad cristiana de mi pueblo.

Pasaban los días y la actividad en la parroquia se incrementaba, pues la cuaresma estaba próxima a concluir e íbamos a empezar la Semana Santa. Sin embargo, por las mañanas, salía a andar por los caminos mientras rezaba maitines y recordaba mis vivencias de niño. Antes de que saliera el sol, veía vestir a las caballerías: mulas o machos, preparados para tirar del arado romano y labrar las tierras, mientras los buches se quedaban en las cuadras. Algunos días oía tañer las campanas de la Iglesia a media mañana y veía como los labriegos hacían un alto en el camino y se arrodillaban en mitad del sembrado para rezar el Ángelus. Las cunetas hervían de Sangre de Cristo, Zapatitos de la Virgen, amapolas y matacandiles. Y al ver todo esto daba gracias a Dios por los dones recibidos.

Al volver al pueblo, un intenso aroma de tierra mojada por el agua sacada de los pozos envolvía en ambiente, confundido con el olor a hierbabuena de los huertos.

- ¡Don Lorenzo, don Lorenzo!

Unos gritos hicieron que despertara de mis meditaciones.

- ¡Don Lorenzo, por favor!

Era el padre José, con nuevas.

- Ha venido una carta de su excelencia, monseñor Fernando, obispo de la diócesis, que le exhorta a que viaje a la ciudad y se presente ante él. - ¿Y en esa misiva expresa el porque de tal premura para ir a la ciudad?

- Su excelencia quiere compartir con usted una serie de reflexiones que le rondan por la cabeza y ahora con más motivo, ya que se acerca la Semana de Pasión de Nuestro Señor.

- Así lo haré.

Volví a casa de mi hermano y empecé a recoger mis mudas para llevármelas conmigo. No sabía cuanto tiempo iba a permanecer en Cuenca.

Sin embargo esto me serviría para estudiar los archivos catedralicios y leer algunos volúmenes de la biblioteca del seminario.

Esta vez no cogería un carruaje. El padre José me prestó su caballo. Aún no era el medio día y decidí partir, no sin antes despedirme de los míos. Si me daba prisa llegaría a Cuenca antes del ocaso. Para comer, me pararía en alguna de las ventas que pululaban por el camino.

Comencé a cabalgar al galope, pues el tiempo apremiaba. ¿Dónde pararía? Me encaminé hacia Huete, villa muy noble, muy piadosa y cristiana, con muchos conventos e iglesias. Enclavada en el corazón de la Alcarria. A mi mente vinieron los Olcades. Pueblo celtíbero muy valiente, que ocupaba estas tierras. Gran negociador, combinó la lucha con la diplomacia en tiempos de la colonización romana. Después de estudiar mucho la filología de los pueblos hispánicos, he llegado a la conclusión que la lengua de los Olcades y de todos los pueblos íberos, debía ser muy parecida, sino, la misma del vascuence. A mi entender, el vascuence, es la evolución de la lengua íbera, al igual que el castellano, ese gran idioma que se habló por primera vez en San Millán de la Cogolla, es la evolución del latín.

Al llegar a Huete paré en una venta y comí un exquisito manjar: duelos y quebrantos. Y de postre un queso curado, de esas ovejas incansables, queso de oveja manchega, con miel del lugar. Miel de espliego, romero, tomillo, miel de la Alcarria.

Una vez que mi montura hubo descansado lo suficiente, proseguí el viaje, siendo ahora el camino más pino, ya que había que cruzar el puerto.

Más de un susto me llevé, ya que nos cruzaban muflones y ciervos, hasta una hembra de jabalí con sus jabatos detrás de ella. El verdor de los bosques me embriagaba. Pinos y abetos. Hojarasca, invadida por musgos y líquenes, que también colonizaban las rocas calizas. Y en el suelo, deliciosos níscales y setas de cardo y alguna que otra seta del diablo, tan venenosa, que si la pruebas siquiera un poco, estás perdido.

La cumbre aún conservaba las últimas nieves de la primavera.

Proseguí mi ruta y allí a lo lejos, igual que los peregrinos desde el Monte del Gozo divisaban las agujas de la catedral compostelana, yo divisaba la

ciudad, el nido de águilas excavado en la roca. Allí estaba Cuenca, coronada por la Torre Mangana.

La vista engañaba, pues aún tarde más de dos horas en llegar. Pedí una habitación para dormir en el seminario mayor, mientras que mi montura descansó en las caballerizas del palacio episcopal. Mañana me presentaré ante su eminencia el señor obispo, pero ahora mismo debo descansar, no sin antes visitar la capilla del seminario y dar gracias al Señor y a la Virgen Santísima de la Concepción, porque el viaje había sido tranquilo y en todo momento el Señor me guiaba.

A la mañana siguiente me despertaron los cánticos de unos seminaristas que habían pasado la noche en vigilia, rezando por las intenciones del Papa. Apenas asomaba el sol por el horizonte salté de la cama, serían las seis de la mañana. Abrí las ventanas de mi celda y sentí como el aire serrano cortaba con un gélido viento mi cara. Ya no me acordaba yo de esto (pensé), acostumbrado al suave invierno romano.

Acudí a la catedral para oír misa y luego desayuné unas tortas de trigo y un poco de leche de cabra en una posada. Había un hogar cerca de las mesas, que con este tiempo era una bendición. Al momento recordé a mi madre y como me calentaba la cama de niño con un brasero de ascuas que teníamos, en esas largas noches de invierno de Horcajo. Si es que madre no hay más que una.

Salí una vez caliente y con el estómago lleno (la caridad bien entendida empieza por uno mismo) y me dirigí con paso firme al palacio episcopal. Una vez allí llamé con el puño cerrado y dando tres golpes secos al portón de madera.

- Abran, por el Amor de Dios, abran.

- Si, que desea.

Quisiera pedir audiencia para ver al excelentísimo señor obispo, creo que espera mi llegada.

- ¿Y quién le digo que se interesa por él?

- El abate Hervás, de la Compañía de Jesús.

- Un momento señor. Espere aquí en el claustro mientras yo le anuncio.

- Muchas gracias.

Tras unos breves instantes.

- Pase, monseñor Fernando le espera.

- Muchas gracias.....

- ¿Da usted su permiso monseñor?

- Pasa, pasa Lorenzo. No nos conocemos, pero dado su renombre y al recibir noticias del párroco de Horcajo, que informaban de su presencia le hice llamar.

- Si vine en cuanto me enteré que nuestro señor, el rey don Carlos, abolió la Pragmática Sanción. Quería descansar unos días en mi pueblo.

- Abusando un poco de su buena fe, don Lorenzo, le he hecho llamar, porque me gustaría que supervisara, por unos días, las misiones de caridad que estamos llevando a cabo por la ciudad.

- No se preocupe, no hay nada más estimulante que el trabajo.

- Pero siéntese, siéntese maese Hervás. ¿Quiere una taza de café? Está recién traído de las colonias.

- Si es usted tan amable.

- Como no. Alfonso, tráenos sendas tazas de café para el abate y para mí.

- Tenemos, como le digo, varias misiones de caridad, en la ciudad. Varios conventos de clausura feme inos nos están elaborando ropajes para los pobres. Así mismo el seminario cuenta con un comedor social. Damos poca comida, pero es lo que podemos ofrecer y en el Hospital de Santiago tenemos un manicomio. Protegemos a los locos de la gente y a la gente de los locos.

Es una lástima, pensé, tener recluidas a personas sin ser delincuentes, pero mejor que antaño, que la inquisición los quemaba por posesos.

- Así mismo formamos gratuitamente a todos los seminaristas. Debe pasarsed. Lorenzo por las bibliotecas del palacio, seminario y catedral.

Tenemos códices y miniaturas muy preciadas. Manuscritos de la época de Alfonso VIII y de San Julián e incunables de entre los cuales se pueden hallar obras de Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

- Será todo un placer visitarlas.

- Don Lorenzo, todos los días doy gracias a Dios por ser obispo de Cuenca.

Podría haber nacido en el Nuevo Mundo y ser un salvaje o un esclavo negro. ¿No cree que Dios nos ha elegido a los europeos como su pueblo nuevo, nacido de la Nueva Alianza que hizo con los hombres Nuestro Señor, por medio de su único Hijo, Jesucristo?

- No lo creo excelencia. Creo que Dios nos ha creado iguales y todos sus hijos.

- Sin embargo, Lorenzo, los negros y los indios van medio desnudos. Muchos desconocen la Buena Nueva y sus costumbres son indómitas. A mi entender su forma de proceder y vestir responde a su inferioridad manifiesta. Así ha querido Dios que fueran.

- Mire, don Fernando, yo no he sido un gran viajero en mi vida. No he ido al Nuevo Mundo. Mi vida se desarrolla entre España e Italia, pero lo que sí he hecho es estudiar numerosas lenguas de todo el mundo y he llegado a la conclusión, que el Lenguaje, es la única característica que separa a los hombres de los animales y a su vez une a todas las razas de seres humanos.

Los animales pueden emitir sonidos o tener comunicación no verbal, pero las personas son los únicos seres, que antes de comunicarse, representan mentalmente lo que van a decir. Todas las culturas poseen nombres y verbos y estas ideas gramaticales se forman previamente en la conciencia del hombre. Así el lenguaje no sólo es un método para hablar, sino también

para pensar y esto es común para todos los Hombres. Esta característica racional, que separa al hombre de los animales, sólo puede proceder de Dios, por lo tanto ningún ser humano es menor que otro. Todos somos hijos de Dios.

- Es usted muy convincente en sus argumentos, don Lorenzo.

Reflexionaré personalmente lo que usted me ha dicho. Vaya a visitar las misiones de caridad que tenemos por toda la ciudad y al final del día me cuenta su experiencia.

- Así lo haré, don Fernando.

Besé el anillo del señor ~pispo y me dirigí a la calle.

Todo el día lo pasé visitando las misiones del obispado por la ciudad.

El trabajo que hacen las hermanas confeccionando ropa es encomiable y el comedor del seminario se llena todos los días de menesterosos. Sin duda son buenas obras y más ahora que pasado mañana es Domingo de Ramos.

Para acabar me dirigía al antiguo-Hospital de Santiago, en el cual me había dicho el obispo que había un manicomio.

- ¡Veamos que hacen los hermanos!

El lugar, lejos de ser un remanso de paz era todo lo contrario. Los hermanos hacían lo que podían, pero con todo, era un lugar muy triste.

Visité todas las instancias. Pero cual fue mi sorpresa, que en una instancia había sordomudos.

- ¿¡Dónde está el supervisor!?, grité, ¡qué venga inmediatamente!

- ¿Qué pasa, qué es este escándalo?

- ¡Exijo inmediatamente una explicación! ¡Estas personas no están locas!

- Cállese abate. Todo el mundo sabe que los mudos son personas disminuidas, privadas de sus capacidades mentales.

- ¡Esto es el colmo! Tendrá pronto noticias mías.

Tan veloz como pude me dirigí al palacio episcopal.

- ¡Abran! ¡Abran o echo la puerta abajo! ¡Rápido, lléveme junto a su excelencia!

- Don Lorenzo, cálmese y cuénteme como le ha ido el día.

- Todo marchaba perfectamente hasta que he visitado el Hospital de Santiago.

- ¿Qué ha sucedido? Pero por favor, siéntese.

Me tranquilicé un poco y comencé el relato de lo sucedido.

- En una estancia de el Hospital de Santiago tenían recluidas a personas sordomudas.

-Pero don Lorenzo. Estas personas no pueden vivir en la sociedad. No entienden a la gente. Son un estorbo. Mejor tenerlos confinados en el Hospital. Allí al menos tienen un plato caliente de comida y un lecho para dormir.

- No y no. Don Fernando, esta gente, como personas que son tienen un lenguaje propio, lenguaje que por otra parte, como le dije, es natural al

hombre. Tienen formas equivalentes al lenguaje hablado. Puede que en su lenguaje no haya artículos y posea menos vocablos, pero el latín, por ejemplo, lengua madre del castellano, también carecía de artículos. Sin embargo las ideas gramaticales de los verbos y los nombres, las tienen en la cabeza, como usted y como yo.

- Pero, ¿qué podemos hacer nosotros aquí, don Lorenzo?

- ¿No ha oído hablar de las obras de Ponce de León? ¿O del método educativo del abate L 'Epée? En Roma, Camilo Mariani dirige una escuela de sordomudos, en la cual los instruye y los hace hombres y mujeres de provecho. Deme unas de endencias y crearemos una escuela de sordomudos en Cuenca.

- ¿Usted se compromete a instruir a nuestros presbíteros para que sustenten la escuela diligentemente?

- Me comprometo.

- Puede disponer de dos salones de este palacio para su escuela.

Ni que decir que ese fue uno de los días más felices de mi vida.

Varios meses nos costó poner en marcha la escuela. Instruí a los canónicos hasta que fueron unos expertos en el lenguaje de signos y sacamos del manicomio a los sordomudos. Hasta una niña pequeña sorda que estaba siempre triste en el manicomio, la vi sonreírme y eso es la mayor recompensa que puede tener una persona: la sonrisa de un niño. Mi trabajo en Cuenca había concluido. Volvía a mi querido pueblo. En dos días empezaba la novena de la Virgen de la Concepción y estaba contento. Ahora sólo quería descansar, pero también vitorear a la Virgen con todos mis paisanos. El mundo es un lugar maravilloso para todos los seres humanos.

Matilde.